

TEMAS Y FORMAS HISPÁNICAS: ARTE, CULTURA Y SOCIEDAD

Carlos Mata Induráin y Anna Morózova (eds.)



LA IMAGEN DE JAPÓN EN LOS DOCUMENTOS DE LOS MISIONEROS ESPAÑOLES EN LA ÉPOCA DE FELIPE II

Olga Volosyuk

Universidad Nacional «Escuela Superior de Economía»

Felipe II, rey de España, muere en El Escorial el día 13 de septiembre de 1598. El 18 de septiembre de ese mismo año, tan solo cinco días después, fallece en el otro extremo de la Tierra, en el castillo de Fushimi, Toyotomi Hideyoshi. Así, casi simultáneamente, acababan los reinados de dos grandes monarcas de la segunda mitad del siglo XVI. Precisamente bajo su regencia se produce el inicio y desarrollo de los primeros contactos entre España y Japón.

Las primeras noticias sobre Cipango, un país que los europeos desconocían, habían aparecido en los escritos de Marco Polo, y resultaban relatos increíbles. En Sevilla, en la biblioteca de Colón, se guarda un ejemplar del libro de Marco Polo que contiene acotaciones de Colón. En él se habla de palacios de oro en Cipango. En los mapas que había examinado Magallanes antes de emprender su travesía, tan solo se ofrecían unos contornos muy difusos de la parte oriental de Asia. La primera imagen de las islas japonesas aparece en el mapa de J. Gastaldi de 1550 y en el *Theatrum orbis terrarum* de Ortelius del año 1584, en los que ya se ven los contornos de la península de Corea y de las islas de «Iapan»¹.

Tras el descubrimiento de Colón, los españoles, en tan solo 30 años, se habían apoderado de casi toda la costa este de las Américas, penetrado en la costa oeste y atravesado el Pacífico. Después de la expedición de Magallanes de 1525 y el consiguiente descubrimiento

¹ Popov, 1964, p. 89; Gil Fernández, 1991, p. 31.

de una nueva vía marítima entre Europa y Asia, los conflictos entre España y Portugal se agudizan. De acuerdo con el Tratado de Zaragoza de 1529, España cedía sus derechos sobre las islas Molucas, conservando los de las Filipinas. Y la parte del continente asiático y las islas de Japón caían en la zona de influencia portuguesa.

El 23 de septiembre de 1543 un tifón trae un velero chino hacia las costas de la pequeña isla de Tanegashima situada cerca del extremo sur de la isla de Kyushu. Entre los marineros había tres portugueses, y ellos serían los primeros europeos en pisar tierras de Japón. A partir de ese momento, comienza el “descubrimiento” de Japón por los europeos.

La expedición de Ruy López de Villalobos parte de Nueva España y atraviesa el Pacífico a mediados de los años 1540 para tratar de llegar a un acuerdo respecto a las zonas de influencia de las dos potencias en el Pacífico. García Escalante de Alvarado, sobrino del famoso conquistador Pedro de Alvarado, formaba parte de aquella expedición y sería él quien realizase la primera descripción de Japón. Esta se basaba en los relatos del marinero español Pero Díaz, quien afirmaba haber visitado Japón en 1544²:

Es tierra muy fría —contaba Díaz—, y por la costa los pueblos que vieron son pequeños y en cada isla hay un señor [...]. La gente de estas islas es bien dispuesta, blanca y barbada, el cabello pelado; son gentiles [...]. Leen y escriben como chinos y en la lengua parecen alemanes [...]. La gente labradora se viste de paño de lana que parece estameña [...], y los principales visten sedas, damascos, rasos. Las mujeres son en gran manera muy blancas y hermosas; andan en cabello vestidas a manera de castellanas, de paño o de seda, según su estado. Sus casas son de piedra y tapia por dentro encaladas; los tejados de teja a nuestro modo, con altos y ventanas y corredores. Tienen todos los bastimentos, ganados y frutas que en la tierra firme: hay mucha azúcar; tienen halcones y azores con los que cazan; no comen vaca. [...] Son islas de mucha pesquería. La riqueza que tienen es plata, la cual tienen en barretas pequeñas³.

López de Villalobos murió en abril de 1546 en la isla moluca de Ambón. La extremaunción le fue administrada por el jesuita Francis-

² El orientalista ruso V. Bartold menciona a Pero Díaz en su obra. Ver Bartold, 1911, p. 87.

³ Alvarado, *Relación del viaje que hizo desde la Nueva España a las islas de Poniente Ruy Gómez de Villalobos*, pp. 202-203.

co Javier, que había llegado a aquellas tierras para cristianizar a los nativos⁴. Es difícil afirmar que Javier conociese el contenido de la *Relación* de Alvarado, pero se sabe, casi a ciencia cierta, que en diciembre de 1547 había conocido en Malaca a dos portugueses, el marinero Jorge Álvares y el viajero Fernán Mendes Pinto, quienes visitaron Japón⁵. No se sabe si fueron las crónicas de Pero Díaz, que describía a los japoneses como un pueblo de un nivel cultural superior en comparación con los nativos de la costa de Malabar o de las islas Molucas, un pueblo similar a los chinos pero sin la xenofobia de estos, o los relatos apasionados de Mendes Pinto, que hablaba de tierras desconocidas al norte de las islas de las Especias, los que inspiraron a Javier la idea de cristianizar a los japoneses, pero sí se sabe que precisamente allí nació su entusiasmo por la idea de visitar Japón. Lo confirman sus cartas desde Malaca⁶. Y así resulta que los primeros en entrar en Japón fueron marineros portugueses, siendo los segundos misioneros españoles.

Los misioneros cristianos aparecen en Asia prácticamente al mismo tiempo que los conquistadores portugueses. Juan III, rey de Portugal, al enterarse de la creación de la orden de los jesuitas le pide a Ignacio de Loyola, fundador de la misma, que ofrezca a sus misioneros para ser enviados a la India. Uno de ellos sería Francisco Javier, español de origen vasco-navarro. En 1541 Javier parte de Lisboa rumbo a la India. Predica tres años en la India y Ceylán. En 1545-1546 visita las islas Molucas, donde se encuentra con Villalobos y los tripulantes de su expedición. Allí mismo, en 1546, conoce al sacerdote español Cosme de Torres, juntos regresan a la India en 1548. Desde allí un primer grupo de jesuitas, formado por Javier, Torres y Juan Fernández, español también, viaja a Japón. Les acompañan tres japoneses bautizados. El 15 de agosto de 1549 desembarcan en el puerto de Kagoshima, provincia de Satsuma⁷.

⁴ Ortuño Sánchez-Pedreño, 2005, p. 290.

⁵ Boxer, 1951, p. 36.

⁶ Aquella idea y la imagen de Japón le apasionaron de tal modo que no solo lo expone en sus cartas, sino que también en una pieza dramática a él dedicada —el *Coloquio de la conquista espiritual del Japón hecha por San Francisco Javier*— hallamos un fragmento que describe su ardiente deseo de llegar a Japón. Ver la edición moderna de esta obra a cargo de García Valdés.

⁷ Fróis, 1976, p. 18, n. 3; Boxer, 1951, p. 36.

Javier permanecerá en Japón dos años. Gracias a ello supo formarse una imagen bien ajustada de este país, que describió en numerosas cartas enviadas a la jefatura de la orden y a los hermanos jesuitas residentes en Goa. La primera carta data del 5 de noviembre de 1549, es decir, casi tres meses después de su desembarco en las costas japonesas. Habla de distintos aspectos de la vida del pueblo japonés, de sus tradiciones sociales y rasgos de su mentalidad. Informa de que los habitantes de estas islas son agradables en el trato y, en general, afables y sencillos. Es gente de muy buena conversación pero «no sufre injurias ningunas ni palabras dichas con desprecio». Su discreción y amabilidad naturales se deben en gran medida a que «precian mucho las armas y confían mucho en ellas». «Es gente de muy buena voluntad, muy conversable, y deseosa de saber —leemos en la misma carta—. Mucha parte de la gente sabe leer y escribir. No tienen más de una mujer. Es gente sobria en el comer, aunque en el beber son algún tanto largos, y beben vino de arroz [*sake*], porque no hay viñas en estas partes».

Javier comenta y reflexiona extensamente acerca de los estamentos de la sociedad japonesa, prestando especial atención a los samuráis y su modo de vida. Esta capa social es en muchos sentidos análoga a la que pertenece el propio jesuita, la de los hidalgos pobres, que en aquel entonces podían tan solo elegir entre dos destinos: la carrera militar o la eclesiástica, la escogida por Javier. Precisamente los hidalgos españoles constituían la columna vertebral del ejército de conquistadores y misioneros que durante siglos suministró a España gloria y prosperidad. Javier examina la problemática de los samuráis a través del prisma que le ofrece su propia situación. «La pobreza, así entre los nobles como entre los otros, no se tiene por afrenta». Presta atención a que «a los nobles, por muy pobres que sean, les tienen tanto respecto los que no lo son, cuanto les tendrían siendo muy ricos». Ve con buenos ojos el que los nobles contraigan matrimonio solo con mujeres de su mismo estrato social, pues considera que la relación con una persona de clase inferior constituye una deshonra. En resumen, supone que son «gente de honra mucho a maravilla, y estima más la honra que ninguna otra cosa». Y continúa: «la gente con que hemos conversado, es la mejor que hasta ahora está descu-

bierta, y me parece que, entre gente infiel, no se ha hallado otra que les haga ventaja»⁸.

Las positivas impresiones de Javier se debían, en gran medida, a la situación en que se hallaba Japón a la llegada de los jesuitas. En la segunda mitad del siglo XVI, Japón era un estado formado por feudos autónomos gobernados por los daimyō (los grandes señores feudales). En el siglo XIII, Kublai Kan había iniciado una ofensiva contra Japón que llevaría al gobierno de dicho país a invertir numerosos recursos en reforzar y defender las fronteras del suroeste amenazadas por los mongoles. Esta política aumentó el poder económico y militar de los daimyō. Con el tiempo estos se consideraron suficientemente fuertes y poderosos para no tener que subordinarse al poder central. Los daimyō del suroeste intentaron granjearse un papel privilegiado en los negocios con los comerciantes portugueses que llevaban a Japón mercancías de origen europeo y asiático, sobre todo pólvora y armas de fuego. Estas armas podían ofrecer a estos señores locales enormes ventajas en la lucha por el poder frente a vecinos y rivales⁹. Sin embargo, los comerciantes portugueses desconocían la lengua japonesa, así como las tradiciones y circunstancias locales. Por esta razón los jesuitas estarían llamados a desempeñar un papel primordial en el desarrollo del comercio luso-japonés. Actuaban como intermediarios y traductores y, además, en términos de acción militar, advertían a los marineros acerca de qué puertos resultaban más peligrosos¹⁰.

Inicialmente, los misioneros cristianos comenzaron a predicar en la isla de Kyushu. Javier trabajó más de un año en Kagoshima. En el otoño de 1550 llegó a Hirado, más tarde se dirigió a Kioto, donde intentó, sin conseguirlo, ser recibido por el emperador. Al haber visto frustrados sus intentos en Kioto, se traslada a Yamaguchi donde, en tan solo cuatro meses, el número de católicos llegó a alcanzar los 500. No fueron pocos los daimyō que se convirtieron a la nueva religión. Cuando se bautizaba un daimyō (los jefes de las influyentes familias de samuráis), también lo hacían sus vasallos. En muchos lugares los daimyō obligaban a sus súbditos a convertirse al catolicismo¹¹. Javier pronto descubre que el budismo, la religión de los japo-

⁸ *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, pp. 347-350.

⁹ Boxer, 1951, pp. 7-8; Fainberg, 1959, p. 26; Popov, 1964, p. 110; Iskenderov, 1984, p. 164.

¹⁰ Iskenderov, 1984, pp. 166, 170.

¹¹ Iskenderov, 1984, pp. 164-166.

neses, procedía de China. Así, resuelve que obtendría un mayor éxito en Japón si lograra primero cristianizar a los chinos. Por ello, abandona Japón en noviembre de 1551, dejando a su íntimo colaborador Cosme de Torres a cargo de la misión jesuita.

Por aquel entonces asoma al escenario político Oda Nobunaga, que entre 1559 y 1573 logra concentrar bajo su poder la mayor parte del Estado, convirtiéndose de facto en el único gobernante tanto en un plano real como jurídico. Los monasterios budistas temían perder su independencia si se fortalecía el centralismo, y se oponían a los planes unificadores del poder central. Por ello Nobunaga comienza a favorecer a los misioneros europeos, viendo en el catolicismo una posibilidad de reducir la influencia de los poderosos círculos budistas¹². Durante los veinte años en los que Torres dirigió la misión católica en Japón, los jesuitas se asentaron en la mitad de los Estados que formaban el imperio japonés. El número de japoneses cristianizados subió a 200.000 personas, sin contar a mujeres y niños¹³.

Torres envió varias cartas en las que reflexionaba acerca de los objetivos y tareas de los misioneros en Japón, así como sobre los resultados obtenidos en su labor. Al igual que su predecesor, expone primero datos de carácter general:

Todos estos reinos están muy distantes [...]. El número de cristianos es muy grande, aunque repartidos en diversas partes, porque esta isla de Japón esta repartida en sesenta y seis reinos, y hay pocos o ningunos donde no haya cristianos. Esta tierra de Japón —escribe— está en el mismo clima y altura que España. Tiene seiscientas leguas de largo. Es tierra muy fértil, y da dos frutos al año, trigos en mayo y arroz en septiembre. Las aguas cargan acá el verano como en la India. Tiene muchas fructas, y muchas de ellas semejantes a las de España¹⁴.

Al igual que Javier, Torres tenía un alto concepto de la civilización y la cultura japonesas. Escribía que, en comparación con otros pueblos, los japoneses estaban mucho más

dispuestos para plantar en ella la fe de Jesucristo, porque son discretos y se rigen por razón; son curiosos de saber y platicar cómo salvarán sus ánimas y servirán a su Criador [...]. Murmuran poco de sus prójimos, no

¹² Iskenderov, 1984, pp. 97-98, 171.

¹³ Griesinger, 1885, p. 106.

¹⁴ *Cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús...*, 1575, pp. 97v-98.

son envidiosos ni jugadores, porque así matan por jugar como por hurtar. Tienen por pasatiempo ejercitarse en las armas, en las cuales son muy diestros, o en la poesía; y los más de los caballeros se ejercitan en esto. Si hubiera de escribir todas las buenas partes que hay en ellos, no me faltaría materia...¹⁵

Y en otra carta leemos:

Es la gente muy belicosa, y en los puntos de honra parecen a los romanos antiguos; y así, el principal ídolo que tienen es ella. Y esta es la causa de guerras y muertes, y muchos se matan a sí mismos cuando les parece que la pierden. Por ella dejan de hacer muchos males y cosas feas, como hurtar, adulterar y otras cosas semejantes; y no temiendo a Dios, por ella honran a sus padres y guardan lealtad a sus amigos¹⁶.

Dependiendo de los resultados de la labor misionera, en las descripciones de los japoneses predominan los rasgos positivos o negativos. A diferencia de Javier, Torres estudió más a fondo el carácter japonés y supo ver también sus rasgos negativos, percibiendo que desprecian a otras naciones:

Estos japoneses, como son tan agudos de ingenio, hacen burla de todos extranjeros con la boca y con las manos, para humillarlos, por que a su parecer no hay nación que los exceda en saber y en honra¹⁷.

Mientras el padre Torres predicaba en Japón, en España subía al trono el nuevo rey Felipe II. Heredero de numerosas y heterogéneas posesiones, Felipe, a diferencia de su padre Carlos V, veía España como centro de su Estado e intentaba reforzar su papel de potencia mundial. Las grandes distancias que separaban el centro del reino de su periferia eran un serio problema a la hora de administrar el imperio español, pues faltaba información sobre las posesiones más alejadas, las americanas y asiáticas. Esto explica, en parte, la presencia en Japón de representantes de las órdenes mendicantes.

En 1565 llegan a Filipinas, junto a la expedición capitaneada por Miguel López de Legazpi, los primeros cinco monjes agustinos, comenzando allí su labor misionera. En 1575 un primer grupo de espa-

¹⁵ *Cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús...*, 1575, p. 48v.

¹⁶ *Cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús...*, 1575, pp. 97v-98.

¹⁷ *Cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús...*, 1575, pp. 48v, 49v.

ñoles llega a tierras de China. El oficial Miguel de Luarca y el agustino Martín de Rada nos han dejado detallados testimonios de este viaje¹⁸. Luarca compuso una *Historia de China* que contiene también algunos datos sobre Japón. El agustino español Juan González de Mendoza publica su *Historia de China* en 1585 partiendo del texto de Luarca. Este monje fue enviado a China en 1580 por el rey Felipe II. No se sabe a ciencia cierta si Mendoza llegó efectivamente o no a China, los investigadores difieren a este respecto, pero todos coinciden en que este monje presenta en su libro una completa y sistematizada historia de Japón. En muchos casos repite hechos ya conocidos gracias a las cartas anteriores de los jesuitas, pero presentados en forma recopilada nos muestran la específica imagen europea del Japón de la época.

Ya por tradición, comienza con la descripción de la situación geográfica de Japón. Menciona que

Las islas de Japón (que son muchas, y todas hacen un gran reino, que esta repartido entre muchos señores) distan de la tierra firme de la China por espacio de trecientas leguas. [...] Estas islas muchas están muy pobladas de gente, que se diferencia poco de los chinas en los rostros y cuerpos aunque no son tan políticos. Por lo cual parece ser verdad lo que se halla escrito en las historias del Reino de la China, acerca de que estos japones antiguamente fueron chinas. Y aunque en aquel tiempo los dichos japones fueron súbditos y tributarios del rey de China, y mucho tiempo después, ahora no solo no lo son, mas hacen algunas burlas bien pesadas a los de aquel reino.

Mendoza, que nunca había pisado tierras de Japón, nos refiere diversos comentarios de otras personas, a veces de forma tergiversada. Por ejemplo, nos habla del carácter belicoso de los japoneses y dice de ellos que «todos los hombres que nacen en esta tierra son naturales inclinados a robos y guerras [...]. El continuo ejercicio en las armas y en el robar les ha dado nombre de belicosos, y tiene atemorizados a sus vecinos y comarcanos».

Resumiendo, evalúa los resultados de la cristianización y llega a una conclusión muy importante para él mismo y sus hermanos de la orden: «Respeto de la gente que hay por convertir, es muy poca la que se ha bautizado, y que muchos lo dejan de hacer por falta de

¹⁸ Castro, 1954, pp. 99-100; Vilà, 2013, p. 76.

ministros y predicadores, que se podría remediar fácilmente, con mandar pasar a ellas religiosos de otras órdenes, para que ayudasen a los dichos padres jesuitas»¹⁹.

Esta idea de atraer a la labor misionera a monjes de otras órdenes cayó en terreno bien abonado. En 1580 España se anexiona Portugal. Las Cortes de este país reconocen a Felipe II como rey de Portugal, lo que convirtió al imperio español en la mayor potencia jamás conocida en la historia. Tras haber obtenido las ricas posesiones portuguesas, Felipe II no fuerza su unificación como prueba del control castellano. Los españoles no intervenían en los asuntos de Portugal y sus colonias. Sin embargo, la idea de reforzar su influencia ideológica en Asia fue aceptada con complacencia.

La prepotencia militar y marítima de Portugal, así como su monopolio comercial y de propaganda católica en el Índico, prácticamente impedían que otras naciones pudieran penetrar en las posesiones portuguesas durante el siglo XVI. Felipe II fue el primero en intentar *desplazar* a Portugal en este suculento negocio, y la misión de abrir el camino hacia una dominación española en Asia Oriental y Suroriental fue encomendada a misioneros descalzos.

El 27 de octubre de 1583, Felipe II envía una carta a los agustinos, que estaban ya bien asentados en las Filipinas, en la que expresa el deseo de que exploren no solo este archipiélago sino también otras tierras cercanas²⁰. En mayo de 1584 llega a Filipinas Santiago de Vera, el nuevo gobernador, y siguiendo las instrucciones del monarca español, en julio de ese mismo año parten de Manila, en un barco portugués que comerciaba con Macao, dos agustinos y dos franciscanos para explorar tierras de China. Durante toda la travesía las tormentas azotan el buque en el que viajaban los misioneros españoles, y este pudo tan solo atracar en el suroeste de Japón, en Hirado. Los misioneros permanecieron allí dos meses sin poder seguir rumbo a Macao²¹. Esta visita forzada a Japón resultaría muy útil para el monarca español, enriqueciendo su información sobre la situación en aquellas islas lejanas y poco conocidas.

Estando en Hirado, los españoles comprobaron personalmente que la cristianización avanzaba satisfactoriamente en Japón, lo que

¹⁹ González de Mendoza, *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran Reino de China*, pp. 401-404.

²⁰ Ver *Carta a S. M. de Fr. Francisco Manrique...*, 1588.

²¹ *Carta a S. M. de Fr. Francisco Manrique...*, 1588.

abría enormes perspectivas para la posterior evangelización de la población. Ya desde Macao, uno de ellos, Francisco Manrique, le escribe a Felipe II una serie de cartas en las que expone las perspectivas de la labor misionera en Japón en el caso de existir la posibilidad de viajar a Japón desde Nueva España a través de las Filipinas evitando las rutas marítimas portuguesas; además de ofrecer un relato sobre este exótico país²².

Según Manrique, Japón superaba a España en tamaño, pero estaba situada, más o menos, en la misma latitud. El país se componía de quince reinos, en uno de los cuales gobernaba el emperador, reconocido como tal por los demás. Cuatro gobernantes ya profesaban el catolicismo, «y por no haber quien los ponga en orden no lo son ya todos». Y Manrique continúa de buena gana este criterio. ¿Quién podrá implantar este orden? Evidentemente tiene en cuenta a los representantes de las órdenes mendicantes, «y se holgaran tenernos en su tierra», leemos en su carta²³.

Esta breve estancia de los agustinos en Japón tuvo consecuencias inmediatas. A finales de 1585, Omura Yoshiaki, el daimyō de Hirado, envió una embajada a Santiago de Vera, el gobernador de Filipinas. Los embajadores solicitaron, en nombre del daimyō, que la parte española enviara monjes agustinos y franciscanos para evangelizar a los habitantes de Hirado²⁴.

Sin embargo, los jesuitas ejercían una ilimitada influencia sobre el Papa Gregorio XIII y este dicta un breve el día 23 de enero de 1585 en el que se dispone que solo los jesuitas, y nadie más, tenían derecho a ejercer la labor misionera en Japón. Más tarde sería confirmada por el Papa Sixto V. Ratificando su política oficial de delimitar las posesiones de las dos partes de su reinado dual, Felipe II da las órdenes correspondientes a las autoridades coloniales en las Indias portuguesas²⁵. Pero no solo la actitud de Roma sino, en mayor grado incluso, los cambios en la política de las propias autoridades japonesas complicarían la situación de los misioneros y la labor evangelizadora en Japón en los años de 1580.

El 29 de mayo de 1582 muere Oda Nobunaga asesinado por un compañero de lucha. Al principio, su sucesor, el general Toyotomi

²² Sola, 1999, p. 26.

²³ *Carta a S. M. de Fr. Francisco Manrique...*, 1588.

²⁴ Sola, 1999, pp. 27-28.

²⁵ Boxer, 1951, pp. 159-160; Sola, 1999, p. 29.

Hideyoshi, no se oponía abiertamente al cristianismo. Algunos de sus allegados eran cristianos y ocupaban altos cargos en la jerarquía jesuita. El mismo Hideyoshi recibía con benevolencia y con cierta asiduidad a jesuitas de alto rango. Este shōgun mostraba incluso en algunas de sus banderas el distintivo cristiano: la cruz²⁶. Aunque continúa la política de Nobunaga, Hideyoshi va inclinándose hacia posturas opuestas a la labor misionera de los europeos, que seguían reforzando y ampliando su influencia en Japón. El 19 de junio de 1587 se dicta un decreto que prohíbe la actividad misionera y declara la expulsión de los misioneros de Japón. Pero durante los primeros años tras el dictamen, Hideyoshi no llegaría a controlar seriamente su cumplimiento. Los misioneros ampliaron incluso su actividad gracias a la llegada de nuevos monjes de las órdenes mendicantes, agustinos y franciscanos.

En 1593 parte de Filipinas la primera embajada española encabezada por el monje franciscano Pedro de Bautista rumbo a Japón. En 1594 sale de Manila otro grupo de franciscanos²⁷. Hideyoshi ofrece a la delegación una recepción amistosa y autoriza que sus integrantes se instalen en Kioto. Los franciscanos fundarán allí varios monasterios, hospitales y escuelas. Uno de ellos, Marcelo Ribadeneira, permanece en Japón y ejerce su labor evangelizadora en Kioto, Osaka y Nagasaki. En 1598 regresa a Manila y compila sus impresiones y reflexiones en el libro *Historia de las islas Filipinas y de los reinos de la Gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Cambodge y Japón*. En esta rigurosa obra Japón ocupa tan solo unas cuantas páginas, pero recibe una profunda y sólida valoración por parte del autor.

Por tradición, Ribadeneira comienza su exposición determinando la situación geográfica del país. Según él, el reino de Japón estaba compuesto por multitud de islas y situado a doscientas millas al norte de la Gran China, a unos 34 grados de latitud norte. Allí el verano sustituye al invierno, y durante los inviernos soplan vientos cortantes. Es una tierra montañosa cubierta de frondosos bosques. Las llanuras son fértiles y en ellas se cultiva arroz, el principal alimento del país²⁸.

La información geográfica y de las costumbres y vida cotidiana eran importantes para que los europeos conocieran mejor aquel país;

²⁶ Skvortsova, 1985, p. 122.

²⁷ Sánchez, 1997, pp. 24- 25.

²⁸ Ribadeneira, *Historia de las islas del archipiélago filipino...*, 1601, p. 350.

al mismo tiempo, los datos acerca del régimen gubernamental eran importantísimos para definir la política de relaciones interestatales:

De todo el reino de Japón desde su principio, hay un rey natural [...] y como tengan los japoneses por majestad que su rey no sea visto, ni tratado comúnmente, está siempre encerrado en sus palacios. Y como ha sido necesario gobernar su reino por capitanes, poco a poco se levantaron con la tierra, y así se divide todo el reino en sesenta y seis reinos, aunque los señores de ellos no son reyes, ni se tratan como tales, y en su lengua se llaman *tonos*, que es lo mismo que señores. Todos ellos entre sí traían ordinariamente guerra, y el que más podía era mayor señor, y se llama un rey, reconociendo en muy pocas cosas al rey natural²⁹.

Ribadeneira nos ofrece mucha información concreta de la vida de la sociedad japonesa, nos habla de las características específicas de la religión, de su afición a las armas, de su cocina, de su actitud ante la salud. Repite muchos datos de los escritos anteriores de jesuitas y agustinos. Resulta evidente que había leído sus obras, pero también ofrece información sobre lo que ha visto con sus propios ojos. Su percepción de lo observado coincide en gran medida con el criterio de otros misioneros, pues en ellos se refleja la perspectiva de los europeos, representantes de la mentalidad europea.

La “coexistencia pacífica” de Hideyoshi con los cristianos acabaría dos años después. El 5 de febrero de 1597 son ejecutados como mártires en Nagasaki 26 cristianos japoneses y europeos. La elección de la ciudad de Nagasaki para las ejecuciones no fue casual. En aquel entonces había allí muchos extranjeros, misioneros y mercaderes, y en su bahía numerosos barcos, más que en otros puertos de Kyushu. Nagasaki se parecía mucho a una «ciudad portuguesa», «una ciudad que parecía una posesión extranjera»³⁰. El 19 de junio de 1597 Hideyoshi dicta un decreto prohibiendo terminantemente el cristianismo en Japón. Se prohíbe no solo la predicación cristiana, sino cualquier actividad de las misiones extranjeras; los misioneros católicos debían abandonar el país en el curso de veinte días. Representantes de las autoridades japonesas inician la destrucción de iglesias, y los misioneros españoles y portugueses son expulsados del país. Así finaliza el

²⁹ Ribadeneira, *Historia de las islas del archipiélago filipino...*, 1601, p. 351.

³⁰ Navlitskaya, 1979, pp. 30, 34.

período de los primeros contactos entre los dos países, contactos entablados gracias a las misiones cristianas españolas.

* * *

Es probable que en el siglo XVI no hubiese otras civilizaciones tan distintas como la europea y la japonesa, y por ello sus primeros contactos, su convivencia, suscitan el mayor interés. Sobre todo, los jesuitas, representantes de la civilización europea, no iban a Japón para viajar, explorarlo o comerciar, sino para llevar a cabo una conquista moral de la población, este era el principal objetivo de su presencia en tierras japonesas. Por ello examinaban el Japón con los ojos de un “tasador del monte de piedad”: las estructuras de la sociedad japonesa, sus mecanismos de interacción, tradiciones y costumbres; todo ello les interesaba, ante todo, con el objetivo de convertir a aquellos paganos al cristianismo.

Pero al profundizar más y más en su conocimiento de la civilización japonesa, los misioneros europeos se vuelven menos pragmáticos. Sus descripciones de Japón son cada vez más profundas y esenciales, y no simples instrucciones para garantizar una exitosa labor misionera. Recorren el país, en sus informes describen detalladamente sus tierras, ciudades y pueblos y, gracias a ello, comienzan a comprenderlo y reconocerlo, a esta cultura y a este pueblo. Lo que ven en el país, todo ello lo va conquistando, entusiasmando, cautivando. La cocina japonesa de pescado y legumbres les gusta a estos católicos, al igual que les gusta que los japoneses rechacen la carne. El propio proceso de la comida es muy distinto de las formas europeas, y los misioneros ven con buenos ojos las estrictas ceremonias formales de los japoneses durante la comida. Se sienten admirados por la arquitectura japonesa. Les parecen exóticas sus vestimentas. Y al mismo tiempo reconocen su belleza, aseo y limpieza, su elegancia.

Los misioneros, gente de mentalidad europea, ven Japón como un país de cultura absolutamente desconocida y exótica. Pero su actitud ante la cultura japonesa, una cultura ajena, no es de rechazo, de hostilidad, de desconfianza, sino al contrario —y este es un caso excepcional—, este exotismo les cautiva, provocando su interés y admiración y el deseo de comprenderlo mejor. Y, gracias a ello, los europeos van ampliando sus conocimientos geográficos y etnográficos acerca de Japón.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO DE ESCALANTE, García, *Relación del viaje que hizo desde la Nueva España a las islas de Poniente Ruy Gómez de Villalobos (1.º de agosto de 1548)*, en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía*, vol. V, ed. de Luis Torres de Mendoza, Madrid, Imprenta de J. M. Pérez, 1866.
- ANÓNIMO, *Coloquio de la conquista espiritual del Japón hecha por San Francisco Javier*, ed. de Celsa Carmen García Valdés, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra / Ediciones digitales del GRISO, 2010.
- BARTOLD, Vasiliy, *Istoriya izucheniya Vostoka v Rossiyi*, San Petersburg, 1911.
- BOXER, Charles Ralph, *The Christian Century in Japan, 1549-1650*, Berkeley, Los Angeles / London, University of California Press / Cambridge University, 1951.
- Carta a S. M. de Fr. Francisco Manrique, OSA., Prior del convento agustiniano de Macao, haciendo relación del Reino del Japón, de su viaje a China y de lo mal recibido que fue de los portugueses y jesuitas*. Texto disponible en: <<http://www.upf.edu/asia/projectes/che/s16/manr1588.htm>>.
- Cartas y escritos de San Francisco Javier*, ed. de Félix Zubillaga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.
- Cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús, que andan en los Reinos de Japón, escribieron a los de la misma Compañía, desde el año de 1549 hasta el de 1571*, Alcalá, Juan Íñiguez de Lequerica, 1575.
- CASTRO, Agustín María de, *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente, 1565-1780 (Osario venerable)*, Madrid, CSIC-Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, 1954.
- FAINBERG, Esfir, «Nachalo ekspansii evropeiskij derzhav v Yaponii (1542-1640)», *Ucheniye zapiski Instituta vostokovedeniya*, Moskva, AN SSSR, vol. 23, 1959.
- FRÓIS, Luís, *Historia de Japam*, vol. 1, Lisboa, Biblioteca Nacional de Portugal, 1976.
- GIL FERNÁNDEZ, Juan, *Hidalgos y samurais*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.
- GONZÁLEZ DE MENDOZA, Juan, *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China*, Roma, Grassi, 1585.
- GRIESINGER, Theodor, *The Jesuits. A Complete History of their Open and Secret Proceedings from the Foundation of the Order to the Present Time*, London, W. H. Allen & Co., 1885.
- ISKENDEROV, Akhmed, *Toyotomi Hideyoshi*, Moskva, Nauka, 1984.
- NAVLITSKAYA, Galina, *Naqasaki*, Moskva, Nauka, 1979.

- ORTUÑO SÁNCHEZ-PEDREÑO, José María, «La expedición de Ruy López de Villalobos a las Islas del Mar del Sur y de Poniente. Estudio histórico-jurídico», *Anales de Derecho de la Universidad de Murcia*, núm. 23, 2005, pp. 249-292.
- POPOV, Konstantin, *Yaponiya*, Moskva, Misl, 1964.
- RIBADENEIRA, Marcelo de, *Historia de las islas del archipiélago filipino y reinos de la Gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Cambodge y Japón*, Barcelona, Emprenta de Graells y Giraldo Dotil, 1601.
- SÁNCHEZ, Cayetano, «Viaje y estancia de San Pedro Bautista en Japón», en *Santuario* (Arenas de San Pedro, Ávila), 113, 1997, pp. 21-25.
- SOLA, Emilio, *Historia de un desencuentro: España y Japón, 1580-1614*, Madrid, Fugaz Ediciones, 1999.
- SKVORTSOVA, Elena, «“Khristianski vek” v Yaponii. K probleme vzaimodeistviya natsionalnij kultur», en Tatiana Grigorieva (ed.), *Chelovek y mir v yaponskoi kulture*, Moskva, Nauka, 1985.
- VILÀ, Lara, «La *Historia del Gran Reino de la China* de Juan González de Mendoza. Hacia un estudio de las crónicas de Oriente en la España del Siglo de Oro», *Boletín Hispánico Helvético*, núm. 21, 2013, pp. 71-97.